

**LAS BASES
IDEOLÓGICAS
DE LOS
ESTADOS UNIDOS
DE AMÉRICA
DEL NORTE**



**Darío Saavedra
y Federico Esquiroz**

Las bases ideológicas de los Estados Unidos de América

Darío Saavedra y Federico Esquiroz

Fuente:

Geopolítica y economía mundial.

El ascenso de China, la era Trump y América Latina

Capítulo 5

CIG: Centro de Investigaciones Geográficas

La Plata (Argentina)

Maquetación:

Demófilo

2022

LIBROS LIBRES
CULTURA LIBRE

Edición digital realizada sin valor comercial



Biblioteca Libre

OMEGALFA

2022

Las bases ideológicas de los Estados Unidos de América

*Darío Saavedra y Federico Esquiroz*¹

Introducción

Las bases ideológicas de los Estados Unidos se construyeron en etapas. En este capítulo, nos abocaremos a realizar una aproximación a la evolución de los discursos y las subjetividades que las moldearon, como manifestación de las identidades que se construyen en el proceso del desarrollo del Estado-Nación norteamericano, teniendo en cuenta el grado de integración socioterritorial alcanzado (local-nacional) y la relación con el mundo (global) de cada etapa, focalizando el eje en los cambios en las diferentes manifestaciones epocales. Se trata de una investigación que tiene infinidad de dimensiones y que seguirá requiriendo de nuestra atención en el futuro.

El enfoque de Renato Ortiz (1996) entre otros, contribuyen a la idea de la relación que se establece entre identidades y escalas, en la construcción del Estado-Nación moderno. Según este autor, la construcción de lugares se produce a través de una

¹ Agradecemos a los coordinadores: Dr. Patricio Narodowski y Dr. Gabriel Merino por el acompañamiento que hemos tenido en el marco la Cátedra Geografía de la Región Ártica, Estados Unidos y Canadá y por la ayuda recibida para mejorar este capítulo. Naturalmente la responsabilidad sobre el mismo es enteramente de los autores.

fluctuación entre actividades materiales, representativas y simbólicas que, de algún modo, terminan autorizadas socialmente en relación con otras innumerables narraciones, por eso, importan los procesos de lucha alrededor de las identidades y las hegemonías materiales y discursivas resultantes.

A tal efecto, identificamos varias etapas, concomitantes a las diferentes manifestaciones discursivas que responden a los debates que atraviesan a la sociedad estadounidense en la construcción estatal, y sus relaciones con el mundo, en un diálogo con la *longue durée* braudeliana, en una visión laica del *urbi et orbi* moderno, con localización en Washington.

Es posible reconocer en la historia estadounidense una primera etapa de génesis estatal comprendida entre las empresas colonizadoras de las Trece Colonias, con sus diferentes matices, y el proceso constitutivo de la República, el cual fue mediado por los diferentes discursos humanistas, de los cuales predominan como vertebradores discursivos, los de Hobbes y Locke (1600-1789).

Consideramos que los conceptos de Locke sobre “derecho natural”, “libertad” e “igualdad”, que se articulan con el concepto ampliado de “poder” de Hobbes, donde el acento está puesto en la noción de “centralidad estatal”, organizan los discursos que se sostienen como hegemónicos o subalternos en el proceso formativo de la Unión. A estos discursos los identificamos como componentes de lo que llamamos “humanismo norteamericano”, centrado en la sociedad civilmente organizada y libremente religiosa de raigambre europea, que excluye al negro y al indígena, el primero por ser mercancía y el segundo por ser un otro con el cual se celebran tratados diferenciado del humanismo americano hispánico centrado en el prójimo marginado, tal como fue postulado por De las Casas o Sepúlveda,

entre otros, en donde el nativo es un componente societal que posee alma bajo el tutelaje como los menores de edad que deben ser guiados por la doctrina católica.

La etapa siguiente, que enmarcamos entre 1789 y culmina con la finalización de la Guerra Civil en 1865, y que la segmentamos en dos periodos (1789-1837) y (1837-1865), se caracteriza por el debate entre el federalismo y el centralismo, el cual retoma en lo discursivo las nociones de Locke y de Hobbes, resignificadas por los Padres Fundadores, así como a Kant, que es retomado en los Estados Unidos en un formato *sui generis* por Emerson, y el movimiento del trascendentalismo, en donde se da un periodo de consolidación estatal, seguido de un periodo de debilitamiento institucional, todo ello mediado por el debate sobre el modelo tecno-productivo que debía instaurarse en la escala nacional, tensionados por el modelo esclavista de los estados del sur, y el industrialista de los estados del norte, entre otros.

La tercera etapa, que identificamos (1865-1968), se caracteriza por dar el salto discursivo del *urbi* al *orbi* en lo que denominamos el triunfo de la nación industrial que, en su recorrido, va acompañado de la génesis y consolidación de la hegemonía imperial de los Estados Unidos, momento que empieza a disputar la *ratio imperialis* a Gran Bretaña y luego al polo de poder soviético, siguiendo la línea argumental que plantea Arrighi (2007) con los ciclos de hegemonía y acumulación de capital.

En esta etapa toman otro giro discursivo los postulados idealistas, y del realismo, sobre los modelos tecno-productivos y de desarrollo. Es necesario realizar una digresión sobre las escalas que entran en juego en toda esta etapa. Por un lado, la

escala local, y sus formas tecno-productivas (taylorismo, fordismo) con sus ciclos económicos de expansión y contracción, y la escala global, con la construcción de hegemonía en la que identificamos tres periodos, uno pre-imperial (1865-1898), un periodo imperial (1898-1948), y un periodo imperial de guerra fría (1948-1968).

Esto en su conjunto entrelaza las distintas escalas, que están íntimamente ligadas a la actividad tecno-productiva de Estados Unidos, tal como lo señala Ortiz (1996). Así mismo, es relevante destacar cómo esa debilidad estatal posterior a la guerra civil, se reconstituye hacia la última década del siglo XIX, con las políticas anti-trust, la centralidad estatal, la cual se debilita a fines de esta tercera etapa, y por ende, la fuerza del estado-nación industrial. Es en esta etapa, donde se verifica la consolidación del Estado-Nación moderno norteamericano, donde son rastreables los aportes weberianos con respecto a los atributos de esta configuración política, que incluye por ejemplo, el monopolio de la fuerza y la mirada del realismo sobre la política. De esta forma, el planteo hobbesiano da lugar al discurso autoritario, que se observa desde la segunda parte del siglo XIX en la fase pre imperial, y que cobra vigor en el “siglo americano”. Ésta base ideológica, entrado el siglo XX, se refuerza con los discursos de los diversos movimientos de insubordinación antisistémica tal como los objetores de conciencia, los antisegregacionistas, los hippies, las vanguardias artísticas, entre otros.

De Watergate y la crisis del petróleo, al 2001 (1968-2001), es lo que identificamos como una cuarta etapa en el desarrollo de las ideas, en los Estados Unidos. Esta etapa se caracteriza por la preeminencia de los discursos globalistas y americanistas, que tienen fuerte implicancia, tanto en la escala local como en

la escala global, que a partir del postfordismo, aún mantiene su capacidad productiva, el rol de su moneda y finanzas y la capacidad militar de intervención en el exterior.

Si bien, en cada uno de estos aspectos se evidencian los límites externos, este debilitamiento no nos permite hablar de multipolarismo (en tanto no existe simetría) sino de “unipolarismo condicionado” (Narodowski y Zapata, 2009), que deviene en multipolarismo relativo (Narodowski y Merino, 2015; Merino, 2014; 2016). En esta etapa identificamos el retorno de la tensión entre el centralismo y el federalismo en el modelo de la gestión estatal, resignificada por los americanistas y los globalistas, a partir de los cambios tecno-productivos del post-fordismo, y también, debido al poder creciente de los lobbies, que logran articular con la clase política, los intereses de las corporaciones, las cuales se ven beneficiadas por la debilidad estructural de los partidos políticos de Estados Unidos en las Cámaras.

Génesis estatal (1600-1789)

El territorio y la construcción de la estatalidad en los Estados Unidos, se origina a principios del XVII, sobre la costa este, en el período de las convulsiones religiosas en el viejo continente, y se caracteriza por las distintas motivaciones fundacionales, de las diferentes colonias, comenzando por la Bahía de Chesapeake y desde allí, hacia el norte y hacia el sur sobre la costa atlántica.

En las colonias de la América anglosajona, en sus inicios, se dan dos discursos hegemónicos de matriz puritana, bajo la forma de sermón, que articulan la acción humana, y

constituyen el germen de lo que denominamos como humanismo estadounidense, que se da desde los inicios del proceso de colonización y de ocupación del espacio costero atlántico norteamericano. El “Pacto de Mayflower” firmado en 1620 en Massachusetts y el “Sermón de Ciudad de la Colina” de 1630, redactado a bordo del buque “Arabella” en el Atlántico Norte por John Winthrop (Boorstin, 1997), son los dos discursos hegemónicos que atraviesan toda esta etapa, y que sirven de base al proceso de integración socioterritorial, que se da gradualmente en la temporalidad, y que se van a ir articulando con otros discursos humanistas, como los de Hobbes y Locke.

En el Pacto de Mayflower, donde es clara la inspiración religiosa, se establecen los componentes estructurales de una nueva sociedad, basado en la sumisión del conjunto social al cuerpo político en su búsqueda de orden y de equidad organizacional. A su vez, en el Sermón de la Ciudad de la Colina se evidencia la explícita intención de construir un relato fundacional, una guía basada en preceptos morales y religiosos anclados en la caridad, y en la idea de libertad individual, plasmando a la vez la idea de comunidad, asociada a la acción política, bajo un discurso de predestinación, de esperanza y de prosperidad, que perdura hasta la actualidad. El enfoque puritano dominante en los inicios se sustenta en la idea de un destino a cumplir, aparejado con la integración social, y si bien esta fundamentación tiene una base teológica en las mentalidades, lo que realmente importaba a los puritanos norteamericanos era la institucionalidad política de las colonias, que se reproducen en la misma intensidad con los cuáqueros en Pennsylvania, los trinitarios (católicos) en Maryland, los anglicanos en Virginia y Georgia, para quienes las colonias significaba la oportunidad de edificar una comunidad según sus principios teológicos. En base a este precepto fundacional, los tratados con los pueblos originarios se articulan en el proceso de

territorialización de estos grupos inmigrantes de colonos, creando comunidades separadas espacialmente que perduran hasta la actualidad. Herederas de esta forma de relacionarse con los otros segregadamente, es la negación del mestizaje entre los originarios y los colonos que fue un proceso invisibilizado.

Existen otros documentos fundamentales que van a sedimentar en la larga duración, siendo la ideología del federalismo una de ellas, como se manifiestan en “Las resoluciones fundamentales de Connecticut” de 1639, que expresa –siempre basadas en la Providencia- la idea de libertad en el plano de las relaciones legales intracomunitarias, y “El conjunto de privilegios de la Bahía de Massachusetts” de 1641, que afirma los derechos esenciales de los miembros de la comunidad, como son la declaración de la igualdad ante la ley, el derecho a un juicio justo, y el fin de la legitimidad de la confesión bajo tortura.

Así mismo, en 1649, es redactada la “Ley de Tolerancia Religiosa” de Maryland, por los terratenientes trinitarios (Morris, 1962). Es con la fundación y redacción de la Constitución de Carolina en 1663, escrita por John Locke, en el que las ideas de libertad, igualdad y derecho natural, formuladas por él mismo, se plasman en la conformación política de dicha colonia, las cuales se van a extender a los otros espacios de colonización, con el paso del tiempo. Posteriormente, en la colonia de Pennsylvania encabezada por William Penn en 1681, donde la mayoría de los colonos son cuáqueros, se desarrolla un discurso alternativo consolidado en la noción de democracia e igualdad, que convergen con la ideología whig de Locke y el humanismo de los primeros puritanos, todo ello entrelazado al ideal de comunidad vertebrador de la sociedad.

En este proceso empieza a observarse que los dogmas puritanos de la predestinación y la libertad, empiezan a suavizarse

en la culminación de esta etapa, que se manifiesta en la cada vez mayor presión que se realiza para aumentar la legislación regulatoria de la actividad económica de los colonos y al mismo tiempo, producir una unidad política más sólida. Es el predominio del discurso lockeano que se da a raíz de la matriz protestante luterana fundacional, vigente al menos hasta la primera parte del siglo XVIII, el basamento de la valoración del ser humano y su relación con el otro, que se sostiene en la idea de predestinación, siendo este pensamiento parte del carácter formativo en la mentalidad norteamericana del mencionado período.

Hacia 1763, momento en que Inglaterra culminó su guerra con Francia y en donde las arcas de la isla necesitan dinero, es cuando se puede establecer el brote original del pensamiento de autonomía con respecto a la metrópolis; a partir de la presión de las políticas tributarias se produce la disociación de los intereses entre las colonias y la metrópolis, que refundan la política y la sociedad colonial. En los debates a escala local de las colonias angloamericanas los diferentes aportes teóricos de la modernidad europea se articulan a partir de una intensa actividad política panfletaria, en donde las diferentes posturas interpelan al sistema de representación vigente en la relación centro-periferia entre la metrópolis y las colonias, y postulan las ideas que décadas más tarde se cristalizan en las nociones de libertad y soberanía (Baylin, 1972).

Así mismo, concomitantemente, la corona legisló sobre los límites con los pueblos originarios, a través de la Proclamación Real de 1763, que establecía la frontera de las colonias con respecto a los territorios de los pueblos nativos. La creación de la línea de demarcación entre las colonias y las tierras de los nativos intentaba dar un marco legal a la incorporación de territorio a los límites de los estados de forma ordenada, evitando la intermediación entre particulares, siendo los apalaches la

línea demarcatoria, a partir de las divisorias de aguas que se generaba, quedando de esta forma bajo jurisdicción colonial, las tierras cuyos ríos desembocaban en el atlántico y las que desembocaban en el Mississippi correspondía a los pueblos nativos.

Esta Real Proclamación es contemporánea a los grandes negocios inmobiliarios de compra-venta de tierra entre privados que venían aconteciendo entre colonos y nativos en el área Trans-Appalache, y viene a frenar la especulación del mercado de bienes raíces, produciendo fuerte malestar y descontento entre las elites coloniales. La proclamación estableció el precedente de que la población indígena tenía ciertos derechos sobre las tierras que ocupaban y la misma tendrá vigencia hasta el Tratado de París de 1783.

Es en esta matriz donde las leyes que aumentan y gravan los impuestos o el sello del papel (1765) y las limitantes a la producción acerera en las colonias, que confluyen en 1773 en la insubordinación primigenia de las colonias, conocida como el Motín del Té, en el puerto de Boston. Esta insurgencia es fundante, de una nueva ecúmene, que da lugar a un nuevo período histórico en el sistema centro-periferia que no se someten a las normas regulatorias del centro porque atentan contra el derecho de propiedad de los colonos implicados en esas actividades económicas. Sin embargo, esto tiene anclaje en el realismo político tal como lo plantea Gulló (2015), en donde estas condiciones reales de poder, con sus condiciones culturales, psicológicas, sociales implican un reordenamiento político institucional, creando un nuevo centro, fundando una nueva soberanía indivisible, y que reside en el pueblo que crea sus formas de gobierno, según lo plantea Locke en el Gobierno Civil (1690) (Boorstin, 1973).

En 1774 las diferencias con la metrópoli se agudizan y

culminan con la convocatoria al Primer Congreso Continental, en cual los colonos de tendencia conservadora trataron de morigerar la tensión en las colonias y establecer lazos armónicos con el centro en el plan de unión de Galloway, que no prosperó. En 1775 el Segundo Congreso Continental es quien declara la guerra a la metrópoli, a partir de los acontecimientos en Boston, donde se dan una serie de acciones represivas por parte de las tropas inglesas, como la disolución del gobierno y autoridades locales, y el cierre del puerto de la ciudad. Esto que acontece en abril, es respondido en mayo con el asedio a las tropas inglesas acantonadas en Boston, por parte de milicianos de las colonias, que habían sido reclutadas por el Segundo Congreso Continental, lo cual desencadena el inicio de la guerra de independencia, que finalizará en 1783.

La rúbrica del Tratado de París de 1783 culmina con el reconocimiento de los estados coloniales como entidad soberana e independiente, pero también implica reconocerles más masa territorial de la preexistente hasta ese momento, como los territorios del país de Ohio e Illinois y los conflictos con los pueblos originarios que habitaban esos territorios que fueron apoyados por las fuerzas británicas, conflicto que no resuelve la Ordenanza del noroeste de 1787. Si bien en la apariencia los ingleses salen perjudicados, se garantizan el derecho de comerciar, y de esta forma, llegan a territorios nativos sin que dichas empresas impliquen una erogación para la corona.

En el medio de la contienda, se dan los debates de cómo organizar la vida constitucional del nuevo estado de situación. Virginia y su constitución de 1776, redactada por Mason, establecía los principios rectores por la cual se establece que todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes, se postula la defensa de la Democracia, el derecho a la

resistencia, la separación de los Poderes, la periodicidad de los mandatos electivos, la libertad de expresión y la libertad religiosa. Estas ideas son retomadas por Jefferson para la redacción de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América el 4 de Julio. El Congreso de la Confederación o, formalmente, los Estados Unidos reunidos en Congreso fue el órgano de gobierno de los Estados Unidos desde el 1 de marzo de 1781 (cuando sucede al Segundo Congreso Continental), hasta 4 de marzo de 1789. Lo formaron delegados que habían sido nombrados por las legislaturas estatales.

Al momento de la culminación de la guerra de independencia, los debates que continuaban, giraban en torno a la organización del Estado, y estos se consolidan en la Convención Constitucional de 1787 en Filadelfia, donde se presentan dos tendencias políticas predominantes: una federalista destinada a mantener la libertad del ciudadano y la independencia de los diferentes Estados, concomitante a los postulados de Locke, y que es la postura del partido Republicano Democrático o anti-federalista, que tiene a Jefferson como referente. Respecto a la confederación, postulaba el plan de New Jersey, en el que se insistía con un poder ejecutivo plural sin veto, y donde el congreso debía tener las facultades para regular las relaciones interestatales y con el extranjero, tal como venía haciendo hasta esos días el Congreso de la Confederación (Heffner, 1955).

La otra tendencia, de matriz centralista, propugnaba la subordinación de los diferentes Estados a la nación e investir de grandes poderes a la autoridad federal central, cercana a las ideas de Hobbes. Es la idea del partido Federalista que tiene en Hamilton su principal portavoz y que en el Plan de Virginia, propone una Constitución federal fuerte (Hamilton, Madison, Jay, 2001). Hobbes propone una noción ampliada del concepto de “poder” donde el acento está puesto en la noción de “centralidad estatal”, que subordina la libertad y la autonomía

personal a la autoridad del Estado, a partir de dejar de lado el estado de naturaleza por el de seguridad, de esta forma el poder que detenta el soberano o el parlamento, crea un Leviatán de obediencia irrestricta, con amplias facultades para dictar leyes que abarcan varios aspectos de la vida, siempre y cuando garanticen la propiedad privada, que es la única cláusula que si no se cumple permite la desobediencia.

Bajo esta premisa hobbesiana, el Compromiso de Connecticut de 1787 acepta el federalismo, donde la organización bicameral del congreso permite un mayor grado de libertad a los estados según la postura lockeana de New Jersey. John Adams, como vocero de este pensamiento lockeano defendió el bicameralismo, porque “una sola asamblea se hace responsable de todos los vicios, locuras y debilidades de un individuo”, y también sugirió que debería haber una separación de poderes entre el ejecutivo, el judicial y el legislativo y, además, recomendó que si un gobierno continental fuese creado, entonces “debe limitarse sagradamente” a ciertos poderes enumerados (Boors-tin, 1997).

En la construcción del territorio, la Ordenanza del Noroeste de 1787, afirmó la propiedad de los Estados Unidos sobre territorios que no habían sido parte de las colonias originales. La Constitución de 1787 reconoce los tratados preexistentes firmados entre los pueblos originarios y los colonos ingleses, no niega los firmados por los británicos con los diversos pueblos nativos, y además dice que los indígenas no estaban sujetos a tributación, no debían incluirse en el cálculo de la población y otorga poder al Congreso para regular el comercio con ellos.

La Ordenanza del Noroeste de 1787 definió un proceso de creación de nuevos estados, dividiendo el territorio del Noroeste en distritos, que establecía que cuando la población del mismo alcanzaba los 5,000 hombres adultos, se debía redactar

una constitución para ese territorio, y cuando se alcanzaba los 60,000 hombres libres, podría solicitar la designación de estado. Ya no se permitía la esclavitud en ninguna parte de estos territorios. La Ordenanza del Noroeste se considera uno de los logros más importantes del gobierno de Estados Unidos durante el período en que rigieron los Artículos de la Confederación.

Para cerrar esta etapa, de lo que hemos denominado como génesis de los Estados Unidos de América, damos cuenta que el Congreso de la Confederación organizó y llevó a cabo las primeras elecciones presidenciales, en 1789, de las que resultó como vencedor George Washington.

Consolidación del Estado (1789-1865)

Esta segunda etapa que identificamos desde la presidencia de Washington hasta la Guerra Civil, la analizamos en dos períodos históricos que reconocemos desde 1789 a 1837 y desde la presidencia de Van Buren, hasta el fin de los Estados Unidos Confederados en 1865. Es la etapa donde se resignifican a Hobbes y Locke a las necesidades partidarias de los contendientes, entre las posturas federalista y centralista, pero donde también tiene importante prevalencia los debates en torno a la orientación productiva de la nueva nación, que pendulan entre el proteccionismo industrial, y el librecambismo agrario.

Consolidación de la Unión (1789-1837)

Este primer periodo de (1789-1837) se caracteriza por buscar la consolidación y expansión de sus fronteras internas, que en

el plano internacional se articulan por los pactos, las guerras y las compras de territorio, comenzando en 1795 con el Tratado de Jay que reconocía las fronteras entre la nueva nación y los territorios británicos del actual Canadá, así como la retirada de las autoridades inglesas en los fuertes de Ohio e Illinois y normalizaba el comercio entre ambas naciones. Ese mismo año finaliza la Guerra de los indios del noroeste con la firma del Tratado de Greenville por el cual en los territorios de los actuales estados de Ohio e Illinois y sobre las poblaciones nativas que las habitaban, se reconoció la soberanía de Estados Unidos.

El 4 de marzo de 1789 asume como primer presidente de los Estados Unidos, George Washington. En virtud de la falta de consenso alcanzado en la Constitución de los Estados Unidos, quedan elementos sin resolver por el federalismo, y por la exigencia de los Padres Fundadores, como Samuel Adams y Monroe, en 1791 fueron redactadas las enmiendas constitucionales, llamadas “Cartas de Derechos de los Estados Unidos” que incorporan las primeras enmiendas a fin de calmar los resquemores de los antifederalistas en las que se avala el reparto de las funciones económicas sobre el territorio equiparandolo a un cuerpo orgánico. En este documento las libertades individuales y el esclavismo van de la mano dado que a la par que se legisla sobre las personas, también se legisla sobre la propiedad, en donde la mitad de los estados legaliza la práctica esclavista (Fogel y Engerman, 1981). Así mismo, se pone de manifiesto que este gobierno federal es más fuerte que el Congreso de la Confederación, imponiendo impuestos a la producción local de Whisky, teniendo por consecuencia la rebelión del Whisky que Washington debió enfrentar para poder hacer cumplir la ley de la primera recaudación de impuestos que los productores se negaron a pagar. Esto da cuenta de la acción de un gobierno fuerte, que en sus inicios debe ser capaz de

imponerse por sobre la soberanía de los estados que lo componen, verificado en el llamamiento del presidente a los gobernadores para que envíen milicianos a combatir bajo el mando del comandante en jefe.

El hacedor de la política económica de Washington fue Hamilton, quien puso en marcha el modelo económico norteamericano con sus “Informe sobre los fondos públicos” (1790) y el “Informe sobre las manufacturas” (1791), a partir de los cuales la economía comenzó a funcionar, promovió la producción industrial (minera, metalúrgica y textil), creó nuevas rutas para diligencias conectando distintos puntos del país y mejoró otras infraestructuras: puentes, canales y carreteras de peaje, posibilitando el fortalecimiento de la economía interna. Tal como sostiene Gullo “la ideología dominante sostenía que el destino de las 13 colonias era el de constituirse en una colonia agrícola. El propio Adam Smith sustentaba que la Naturaleza misma había destinado a Norteamérica para la agricultura exclusivamente y desaconsejaba a los líderes norteamericanos a cualquier intento de industrialización” (Gullo, 2015: 110). Esta ideología económica imperante, de nación agrícola, conjuntamente con las ideas no dominantes del período, que proponían un modelo de acumulación manufacturero-industrial proteccionista, se articula con la concepción del trabajo y del ahorro, del modelo de vida utilitarista que pregonaba Benjamin Franklin. La relación que propone el mismo, está marcado por la concepción puritana del ascetismo laborioso ante el temor de los designios de Dios, que conlleva a la alienación y total dedicación del ser humano para la transformación de la naturaleza en producción de bienes para cubrir las necesidades, siendo el lugar de germinación del burgués capitalista según Weber, tal como lo analiza el mismo en su obra de inicios del siglo xx, “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”.

En 1797 Washington es sucedido por Adams, quien se

encontró con una fuerte división política manifiesta entre federalistas y antifederalistas, en las que las preferencias políticas se formaban en torno a los partidarios de Francia y de Inglaterra. Ambos ejes tenían su sentido: los federalistas no dejaban de ser conservadores y, una vez alcanzada la independencia y aprobada la Constitución, respetaban a Gran Bretaña, tierra de sus antepasados; además querían que Estados Unidos fuera una gran potencia. Todo lo cual los acercaba a Londres. Los antifederalistas, por el contrario, estaban permanentemente agradecidos a Francia, el sur no buscaba una hegemonía comercial y los franceses representaban un modelo de revolución (Redondo Rodelas, 2015: 58).

Adams dejó huella en la institucionalidad del ejecutivo estadounidense como su antecesor, así los presidentes que le sucedieron procedieron en cohesionar un país a través de la firmeza en política exterior. Había nacido el patriotismo norteamericano precisamente contra el aliado de la independencia casi al borde de estallar un conflicto armado entre la Unión y Francia. Algunos sectores del federalismo pedían la guerra, pero Adams demostró mesura una vez más: Estados Unidos no declara el conflicto armado. Eso sí, el 30 de abril de 1798 se creó el Departamento de Marina y la Armada que fabricó sus primeros grandes buques de guerra (Redondo Rodelas, 2015).

En 1801 Jefferson accede a la Casa Blanca, siendo el primer antifederalista en hacerlo, su primera gran medida fue derogar las leyes de Extranjería, Sedición, y de Naturalización, dictadas por Adams en 1798 contra la inmigración francesa, irlandesa y alemana. La de Extranjería otorgaba poderes al presidente para expulsar o encarcelar a enemigos extranjeros en tiempos de guerra, la de Sedición prohibía escritos contra el gobierno, (Redondo Rodelas, 2015). Esta medida da cuenta de la influencia anti hobbesiana del tercer presidente, siendo que promueve así una rebaja en las atribuciones inconstitucionales

que había cometido Adams.

Respecto a la economía y el modelo de país que quería, Jefferson quiso desarrollar su programa de «república de los agricultores», que contemplaba ciudades medias e industrialización controlada o moderada. Siguiendo a Redondo Rodelas, el presidente promociona la expansión hacia el oeste, pues su plan requería tierras libres y fértiles, lo cual también se condice con lo que había ocurrido el mismo año en que entró en vigor la Constitución, en 1787, momento en que se había aprobado la Ordenanza del Noroeste, la cual facilitaba la colonización y permitía a los territorios adheridos a la Unión convertirse en estados en pie de igualdad, con los mismos derechos y obligaciones, que los ya federados. Además, redujo los gastos en Defensa (la milicia y la marina), como así también quitó el impuesto al Whisky que había impuesto Washington.

En 1803 Jefferson se aprovechó del sistema que atribuía, a su juicio, excesivos poderes al presidente y que previamente había criticado. Según Redondo Rodelas (2015), estuvo a punto de quebrantar las leyes de la Constitución con la adquisición de Luisiana, ya que lo logró con la obtención de un crédito del Banco Nacional. Pudo hacerlo porque para entonces Hamilton ya había saneado las cuentas de la nación y los créditos eran blandos. Justificó su postura y giro sin pudor, aduciendo que no había tiempo que perder, dado que Talleyrand estaba ofreciendo el territorio a precio de saldo. Apenas 15 millones de dólares por el Valle del Mississippi, Nueva Orleans y Luisiana. Como buen experto en especulación en bienes raíces, lo justificó diciendo quién podía oponerse a la adquisición de 400 millones de hectáreas de tierra fértil a ese valor. Jefferson reconocía que la Constitución no le autorizaba a incorporar territorios a la nación, y mucho menos sin la aprobación de las cámaras. Napoleón necesitaba liquidez y ganarse un aliado. La compra puso a los partidos del revés: los federalistas denunciaron

el exceso de gasto y que el presidente se había extralimitado en sus funciones. Y los republicanos de Jefferson dotaron de un poder nuevo a la Unión: un gran territorio que algunos años más tarde sería dividido en tres estados. El Senado sí aprobó la compra. Al menos en una cosa no se traicionó Jefferson: era territorio con estructuras económicas propias del sur. Al virgiano no le gustaba el modelo industrial predominante en el norte, era ferviente partidario de la república de los agricultores. En una carta dirigida a su amigo Madison le decía: «Creo que nuestros gobiernos permanecerán virtuosos siempre que se basen en la agricultura», actividad que consideraba la «más sensata» porque contribuye a la larga a generar verdadera riqueza.

Al finalizar su segundo mandato en 1808, Jefferson entrega el mando al elegido Madison, quien debe comandar a la nación en tiempos de guerras, ya que en 1812 los Estados Unidos se enfrenta bélicamente a los británicos y en 1813 se ve envuelto en la guerra con la Nación Creek. En estas primeras contiendas post revolucionarias, con el Tratado del Fuerte Jackson, firmado en 1814, el territorio estadounidense se apropia de 93.000 km cuadrados, incorporando parte de Alabama y una fracción de Georgia a la Nación. Así mismo, en el articulado de dicho tratado, se puede encontrar lo que deviene posteriormente con la Doctrina Monroe, al establecer que los Estados Unidos exigían por parte de la Nación Creek el abandono y ruptura de relaciones de cualquier índole con los británicos o españoles, a menos que estén autorizados por algún poder de los Estados Unidos. Esta victoria le permitió al país fijar su mirada sobre la Florida, territorio que servía de refugio a los esclavos fugitivos, como frontera posible con el virreinato de Nueva España, y a partir de las negociaciones Hispano-estadounidense, que concluyeron con el Tratado de Adams-Onís, en 1818-1819, se anexa dicho territorio renunciando los

Estados Unidos a la obtención de Texas, aunque también cediendo el territorio de Oregón, la Luisiana y la navegación sobre el río Mississippi. Con este tratado los Estados Unidos, a pocas décadas de su nacimiento, lograba la intercontinentalidad de la nación, reconocida por tratados internacionales, que no se tradujo en la política interna, en una soberanía absoluta, dado que los pueblos nativos ocupan muchas de esas regiones. Así mismo, se salda momentáneamente el frente beligerante frente a España.

El frente abierto contra los británicos, se soluciona con la firma del Tratado de Gante en 1814, por el cual los Estados Unidos y Gran Bretaña recuperaban las relaciones diplomáticas pacíficas. Sin embargo, resulta interesante el conflicto entre la joven nación contra las naciones nativas que en el mencionado conflicto tomaron partido por los británicos. En medio del conflicto entre los británicos y los norteamericanos, a fines de agosto de 1812, Gran Bretaña incendia los edificios emblemáticos de Washington, incluida la Casa presidencial, que tras las reparaciones, deviene en Casa Blanca. El resquemor hacia los ingleses y a un posible desembarco de los mismos por la costa este harán efecto hasta pasado casi tres cuartos del siglo, en un repliegue defensivo costero por parte de los diferentes gobiernos.

Bajo la presidencia de Monroe, del cual no se debe olvidar su condición de plantador y poseedor de esclavos, se desarrolla la primera guerra Seminola, en el cual también interviene el esclavista y plantador Jackson. Ellos son el ejemplo del poder centralizado y con hambre de tierras, que al inicio se saldan con la compra de las mismas, como lo ejemplifican los Tratados de Chicago, que incorporan bajo la administración federal el territorio de Michigan, y posteriormente, bajo el gobierno de Jackson, bajo el expolio. Es de recordar que Jackson es un especulador como la mayor parte de los Padres Fundadores,

donde la matriz hobbesiana de centralidad estatal les permitía perpetrar la expansión del territorio nacional para beneficiarse de la venta de las tierras incorporadas. La vida de Jackson, o de Monroe son ejemplo de ello. Contemporáneo a este periodo histórico, se da el caso de la fundación de Liberia como empresa privada con apoyo extra oficial del gobierno central. como válvula de escape para despejar el territorio de los libertos negros.

Así mismo, en este periodo de aparente calma, se dan los debates que se concatenan con el Compromiso de Missouri, por el cual se estableció que los estados esclavistas podían seguir ejerciéndola, pero tendrían ciertos límites a dicha práctica. Esta posición sería el motivo del debilitamiento de los Whigs y el fortalecimiento del estratégico partido Republicano (Fohlen, 1976).

Este compromiso pone en tensión los debates que se están dando del modelo tecno-productivo que debía adquirir la nación, que se sustentaban en el agrarismo versus industrialismo, entre el sur y el norte. Por otro lado también es el momento en donde se ensaya el primer intento de secesión por parte de uno de los estados, Carolina del sur, el cual fue abortado, por la cuestión arancelaria que tensaban la relación norte-sur y la cual es una constante de toda la etapa. El agrarismo se sustenta en el sistema esclavista de producción, frente a un industrialismo acelerado que afecta a los estados del norte. El compromiso de Missouri que permite la coexistencia de modelos de acumulación diferenciados prorroga la crisis de secesión que culmina con el fin del esclavismo al finalizar esta etapa.

Desde 1820 se firman tratados para la obtención de cesión de tierras por parte de las tribus y la creación de reservaciones bajo la protección del gobierno federal, proceso que se profundiza con la asunción de Jackson, quien promovió a través de la

Ley de Traslado Forzoso de 1830, el paso al Oeste del río Mississippi de las tribus civilizadas a territorio indio, siendo un caso conocido, el del “Sendero de las Lágrimas”, al sudeste de Oklahoma. (Bosch, 2005).

Luego habrá una Ley de Comercio e Intercambio con los Indios y diversos fallos de la Corte entre 1823 y 1831 en los que se estableció:

- 1) que los derechos de las tribus sobre sus tierras habían dejado de ser absolutos luego de la conquista europea, por lo que no podían disponer libremente de ellas sin el consentimiento del gobierno federal;
- 2) que las tribus indígenas no eran estados extranjeros sino “naciones domésticas dependientes”;
- 3) pero al mismo tiempo que son comunidades distintas, que ocupa su propio territorio, con límites descritos (Zamudio, 2016).

En el plano internacional, en 1823, se sientan las bases del posterior imperialismo en América bajo el Presidente Monroe, que establece la doctrina de la libertad de acción local e independiente, postulada por Quincy Adams, que implicó el reconocimiento de las nuevas naciones latinoamericanas por parte de Estados Unidos, planteando así una “América para los americanos”, momento en el cual la estrategia de cooperación angloestadounidense, defendida por Jefferson y Madison, pierde influencia. La Doctrina Monroe es la manifestación hacia el exterior de prohibiciones tácitas ya explicitadas por Jackson en el Tratado del Fuerte Jackson de 1814, de prohibir a las naciones europeas y nativas de tener contacto entre ellas, que en ese caso, fue la nación Creek. El reconocimiento de los estados americanos, a su vez, sienta las bases del realismo clásico hobbesiano vigente hasta el primer cuarto del siglo XX.

En el período de 1829-1837, con Jackson presidente, la ideología norteamericana imperante, va a presentar sus primeros cambios, siempre anclado discursivamente en las ideas de Locke y Hobbes que hemos mencionado y la cual se expresa en el “Sueño Americano”, y esto va a estar dado por la expansión de la nación sobre los territorios hacia el oeste (Luisiana), y hacia el sur (las tierras de la Florida), acompañado con los inicios de la fiebre del oro (Fohlen, 1976). Si bien Jackson era un convencido centralista, y sostenía que la presidencia debía contar con un considerable poder, el mismo le fue disputado y le ganaron los federalistas.

A partir de la administración Jackson, los sucesivos presidentes se aferraron a la ideología del sueño americano y las posibilidades que ofrecía el país. Para ello, el sistema debía garantizar la igualdad de oportunidades. Ya desde antes de la crisis de 1819, atraídos por pasajes de barco de bajo coste, tierra barata, boom de la construcción y obras públicas, comenzaron a llegar en tropel al paraíso prometido personas de todos los puntos del Globo. Jackson abrió una huella por donde la política encontró el sendero de la sociedad ideal norteamericana, aunque también bajo su gobierno comienza la política de anexión territorial basado en un sistema de botín.

Resquebrajamiento de la Unión (1837-1865)

En 1837 accede a la presidencia Martin Van Buren, dando inicio al período que nosotros identificamos hasta el fin de la Guerra Civil, donde la preeminencia de la agudización de las tensiones entre los modelos de acumulación de los proyectos políticos del agrarismo esclavista e industrialización manufacturera, debilitan al estado de la Unión. De esta forma, lo que intenta realizar, es mantener el statu quo del Compromiso de

Missouri, que se manifiesta en la incorporación de Florida en la Unión, por lo cual se debía prohibir la importación de nuevos esclavos en la península, manteniendo sin embargo a los que ya estaban esclavizados; esta solución satisfizo tanto a los estados del sur, partidarios de la esclavitud como a los del norte, antiesclavistas, manteniendo el balance de poder. Van Buren, candidato del joven Partido Demócrata, era manifiestamente federalista, y es a partir de esta postura que logra acceder a la presidencia, frente a los opositores que sostenían un fuerte centralismo estatal. Lo que marca esa tensión entre centralistas y federalistas es la cuestión de la organización bancaria de la nación, moción heredada de los tiempos de la Constitución, que tensa la relación entre la libertad de los negocios privados, con el intervencionismo centralista en política económica.

En el plano de la expansión territorial, este periodo sigue los lineamientos jacksonianos de realismo clásico hobbesiano, en su trato para con los pueblos nativos norteamericanos que no estaban incorporados en el territorio nacional, siendo un ejemplo la guerra con las tribus seminolas en costa este y la cuestión Cherokee, lo cual motiva la misiva de Emerson al presidente, y lo interpela:

“La piedad, este principio que aún ha quedado en los Estados Unidos, si quiera sea en su más vasta forma, una mirada hacia el modo de hablar de las gentes, nos prohíbe persuadirnos de que esto sea un hecho. Desde que existe La Tierra, jamás se ha oído que en el trato pacífico, de una nación o con los que están bajo su tutela, se haya llegado hasta tal abandono de fe y de virtud, a tal negación de justicia, y a tal sordera ante las súplicas de la misericordia” (Emerson, 1928: 214).

Su sucesor, Tyler, un federalista del Partido Whig, al cual traiciona durante su gestión, es quien da la estocada final al plan

de establecer un banco central que gestione los fondos federales, proceso que recién se concretará en la primera década del siglo XX, de la mano de los sectores de la gran banca privada, que ya venía actuando y haciendo desde antes de este periodo. En los últimos días de su mandato, vuelve a tensarse lo estipulado en el Compromiso de Missouri, con la incorporación de Texas a la Unión, como un estado esclavista.

Durante la presidencia de Polk (1845-1848) se ratifica y radicaliza la doctrina de política internacional impulsada por el presidente Monroe, ya que se prohibió el establecimiento de relaciones diplomáticas entre las potencias europeas y los nuevos estados latinoamericanos, en el contexto de la continuación de las aspiraciones imperialistas de las potencias europeas en el continente americano. Además, durante su presidencia obtuvo la cesión de los territorios del Oregon por parte de Inglaterra (Bender, 2011).

En 1845 se publica el artículo del periodista John L. O' Sullivan, editado en la revista *Democratic Review*, en el que expresa que:

“El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino”.

En este “destino manifiesto” se puede rastrear ciertos paralelismos con los discursos de predestinación de los primeros peregrinos, pero que en el periodo se resignifican a partir de Kant reelaborado por Emerson (Boorstin, 1997).

Emerson no es un filósofo, es un intelectual que interpela la naturaleza y las relaciones sociales, mediante su prosa y sus misivas. Su pensamiento está guiado por el idealismo en

cuanto proclama el poder de la mente. Rechaza la concepción mecanicista del universo, y exalta el individualismo y la relación espiritual del hombre con la naturaleza. Si existe el caos y la oscuridad, el poeta nos dice que debemos confiar en nosotros mismos, ya que “todos los corazones vibran al pulsar esa cuerda de hierro”, como así también nos habla desde la convicción latente que expresa Kant, de seguir un impulso interior que, a fin de cuentas, no puede engañarnos, porque lo fundamental, en la vida de cualquier ser humano es llegar a aprender “a detectar y contemplar ese relámpago de luz que le atraviesa la mente desde el interior de sí mismo”.

El primer hito de cumplimiento de este destino manifiesto fue el Tratado Guadalupe Hidalgo firmado bajo la presidencia de Polk en 1848, que estableció la cesión de México a Estados Unidos de la totalidad de lo que hoy son los estados de California, Nevada, Utah, Nuevo México, partes de Arizona, Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma. El tratado es consecuencia de la victoria en la guerra iniciada en 1845 debido a los sucesos de Texas y a la vez, es la primera guerra ofensiva de los Estados Unidos, que no se sutura por la victoria militar, sino por la compra de los territorios. Si se analiza dicha guerra no parece que la Confederación como tal haya iniciado un proceso de expansión explícito, más bien, ha habido un movimiento endógeno en esos territorios que además parece surgido como respuesta a la desidia mexicana de permitir la fundación de asentamientos de norteamericanos en tierra mexicana. Esta guerra es la que transforma a la esclavitud de una cuestión moral, a una cuestión política, y por otro lado, ha dado a los Estados Unidos un emblema de valentía fundamental: la batalla del Álamo (Bosch, 2005; Selser, 1964).

Siguiendo a Emerson, podemos dar sentido a este

acontecimiento clave en la concepción de la identidad estadounidense de los estados sureños, cuando el poeta afirma que:

“únicamente cuando el hombre prescindiera de todo apoyo ajeno a sí mismo y se defiende por sus propios medios, podrá ser fuerte y prevalecer. Solamente tú puedes darte paz. Solamente el triunfo de los principios puede traerte la paz” (Emerson, 1951: 32).

Este pensamiento emersoniano guiado por el conocimiento que deriva en la autoconfianza ligada a su visión trascendentalista del mundo, es lo que comienza a sedimentar la mentalidad norteamericana ya presente de este periodo.

En 1855, acompañando el clima de época, se edita el poema “Hojas de hierba” de Whitman, en el que rescata los valores típicos de las antiguas colonias: libertad, igualdad, individualidad, comunidad, conciencia de la naturaleza y de Dios, esperanza, en su estado primitivo: “Oh mientras vivo, para ser el soberano de la vida, no un esclavo, para recibir a la vida como un conquistador poderoso, y nada fuera de mí ha de tomar dominio de mí...” (Whitman 2004).

Este enfoque se traduce en el vínculo con el esclavo, a quien da voz en su poema: “Yo soy el poeta de los esclavos, el maestro de los esclavos...” (Whitman, 2004) y el halago al pueblo originario: “El salvaje amistoso ¿quién es él? ¿Esperando la civilización o la ha superado y dominado?” (Whitman, 2004).

Whitman continúa el sendero abierto por Emerson, autor romántico que sostenía que México no debía ser molestado, porque de ocurrir, eso sería el veneno de los Estados Unidos, que se manifiesta y toma cuerpo con la esclavitud, que deja de ser una cuestión moral, para transformarse en un problema político.

Si la victoria de “El Álamo”, constituye un hito performativo

de la conciencia norteamericana, unido a la filosofía emersoniense, la conquista del oeste es el otro gran acontecimiento que guiará la construcción del estado nación, equiparable a la guerra de independencia. En esta instancia se produce una radicalización de la relación en el trato con los pueblos originarios. El trato que se establece con los mismos cambian de jerarquía, y si en el periodo anterior a 1849 los mismos estaban mediados por el ministerio de guerra, y los tratados, desde ese momento pasa a estar bajo la órbita del ministerio del interior (Bosch, 2005). Este cambio en la gestión territorial con respecto a los pueblos nativos, no hace más que reforzar el poder central, al momento de la constitución del territorio nacional. En este momento el Leviatán encarnado en el ministerio del interior, se hace cargo de sacar al hombre nativo de su estado de naturaleza salvaje, ya no mediado por las armas de fuego, sino por una política de integración segregada. Si en los años anteriores el trato con los indígenas estaba mediado por la doctrina del realismo hobbesiano que se venía ensayando desde varias décadas atrás, al incorporarlos a la órbita civil de la sociedad, ahora se los humaniza civilizatoriamente.

En 1850, el compromiso de Missouri entra en su etapa final en vísperas de la guerra civil, tras el fracaso de la enmienda Wilmot que trataba de zanjar la cuestión de la incorporación de nuevos territorios, manteniendo la cuota de estados esclavistas y antiesclavistas. Finalmente, en el Acuerdo de 1850 se permitió a los nuevos territorios de Utah y Nuevo México mantener la esclavitud. En los otros Estados adquiridos, la modalidad se mantenía, pero en forma clandestina (Morris, 1962).

Previo al momento de la guerra civil, se puede notar el aumento del sentimiento abolicionista en parte de la sociedad, que puede identificarse en diversos acontecimientos, lo cual va graduando la intensidad del debate en torno a este tema, tal como la abolición de la esclavitud en los estados del noreste, desde

la época de la independencia hasta 1830, la fracasada Enmienda Wilmot, o la fundación del Free Soil Party (como una continuidad del Whig Party), al que confluyeron los demócratas anti esclavistas y que tuvo relevancia hasta que su posición se tornó confusa y los votantes le quitaron apoyo. En esa época es interesante el aumento de las publicaciones antiesclavistas, especialmente “El Liberador”. Hay otro hito: el impacto del discurso abolicionista del candidato republicano Lincoln (antiguo Wight) en la campaña presidencial de 1854 donde es derrotado.

En la antesala de la Guerra Civil, lo que prevalece es el pensamiento kantiano, con respecto a la guerra, y eso redundante, en la búsqueda fronteras afuera de la paz perpetua, en una visión resignificada por Emerson, la cual influye en la toma de decisión de la clase política norteamericana, cuando especifica dogmáticamente “solamente tú puedes darte paz. Solamente el triunfo de los principios puede traerte la paz” (Emerson, 1951: 32). En esta concepción emersoniana, la paz no depende del rival, es una decisión propia, motivada por la confianza en sí mismo, que guía la búsqueda de la realización, es decir, la victoria.

Es en esta lógica donde la paz se autoconstruye, donde priman las relaciones con el exterior, y ejemplo de ello son las cañoneras mandadas a distintos puertos comerciales para hacer realidad el espíritu librecambista norteamericano, siendo el Comodoro Perry un ejemplo destacable en su visita a Japón en 1854, en igual sintonía, ocurre la intromisión en intereses azucareros de Hawaii en 1860. De esta forma la noción de la apertura de los puertos extranjeros a los intereses comerciales estadounidenses, se empieza a perfilar siendo posteriormente el almirante Mahan (1890) quien lo estructura en una estrategia geopolítica, y subsidiario de esto, es Wilson cuando afirma que el comercio se realiza sin fronteras, y aquel que intente obstaculizar, sufrirá el efecto de las cañoneras sobre sus puertos.

Retornando al plano interior, la declaración de independencia de la Confederación de Estados Americanos del sur y la guerra civil, rompen el equilibrio ideológico, político y económico de la nación, motorizado por la cuestión arancelaria y el modelo de país en donde un sector abogaba por el proteccionismo industrial, y la instauración de un gran programa de obras públicas destinadas a dotar al país de la infraestructura necesaria para dicho sector. En este nuevo Estado se prioriza el abolicionismo (la idea de libertad e igualdad) a la soberanía popular. De esto da cuenta Stephens, vicepresidente de la Confederación, en el Discurso de la Piedra Angular (1861) cuando dice

“la piedra angular (de la nueva nación del sur) descansa sobre la gran verdad, que el negro no es igual al hombre blanco; que la esclavitud es su condición natural y normal. Este gobierno, es el primero en la historia del mundo, basado en esta gran verdad física, filosófica y moral...”

Lincoln, en su discurso de 1863, posterior a la batalla de Gettysburg librada dos años antes, habla de los Padres Fundadores y sus anhelos de libertad e igualdad, usando la frase

“Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, jamás perezca sobre la Tierra”.

En ese mismo sentido grandilocuente, además, convierte la gesta en un hito que el mundo no olvidará (el destino manifiesto). De ese mismo año es el Edicto de Emancipación (1863), por el cual la Unión declara libres a todos los esclavos. Es interesante recalcar que los pueblos originarios que habitaban la región del río Oklahoma, apoyaron militarmente al sur, (en venganza a los traslados forzosos que impuso el gobierno federal desde 1830) y fueron correspondidos con legisladores en el Congreso de Richmond.

Tal como señala Gullo (2015), el momento previo a la guerra civil, está dado como la continuación “de la insubordinación

ideológica iniciada por Hamilton, planteaba una vigorosa contestación al hegemónico pensamiento librecambista, identificándolo como una ideología de dominación y por eso proponía poner en marcha, con el impulso del Estado y la adopción de un satisfactorio proteccionismo del mercado doméstico, una deliberada política de industrialización” (2015: 110). Es en el cambio discursivo entre federalismo y centralismo al nuevo paradigma entre proteccionistas y librecambistas, entre Nacionalistas y pro británicos lo que va a marcar el cambio de época y el inicio de la contienda, que culmina con el triunfo del proyecto industrialista.

Del urbi al orbi (1865-1968)

Esta tercera etapa que identificamos (1865-1968), se caracteriza por dar el salto discursivo del urbi al orbi en lo que denominamos el triunfo de la nación industrial, que en su recorrido, va acompañado de la génesis y consolidación de la hegemonía imperial de los Estados Unidos, momento que empieza a disputar la ratio imperialis a Gran Bretaña y luego al polo de poder soviético, siguiendo la línea argumental que plantea Arrighi (2007) con los ciclos de hegemonía y acumulación de capital. En esta etapa toman otro giro discursivo los postulados idealistas, y del realismo, sobre los modelos tecno-productivos y de desarrollo. Es necesario realizar una digresión sobre las escalas que entran en juego en toda esta etapa. Por un lado, la escala local, y sus formas tecno-productivas (taylorismo, fordismo) con sus ciclos económicos Kondratieff de expansión y contracción, y la escala global, con la construcción de hegemonía en la que identificamos tres periodos, uno pre-imperial

(1865-1898), un periodo imperial (1898-1948), y un periodo imperial de guerra fría (1948-1968).

Período pre imperial (1865-1898)

La victoria de la Unión permitió unificar ideológica, territorial, y económicamente a la nación y realizar una serie de enmiendas constitucionales, con escasa participación de los esclavos libres. Acompañando la reunificación territorial, se inicia la expansión económica basada en el uso eficiente de la tierra mediante la tecnificación de las fincas y el desarrollo en el oeste del modelo del farmer, la mayor presencia de mano de obra libre y de bajo salario, la ampliación del mercado interno y el boom ferroviario que permitió la integración de un estado de dimensiones continentales, dando inicio a una época económica de gloria, basada en la absoluta libertad de mercado y en la producción y expansión del consumo, que acompaña el desarrollo de la cultura del “self made americano”.

“El hombre lo es todo; en ti mismo está la ley de toda naturaleza, y aun ignoras cómo sube el glóbulo de savia; en tí mismo dormita la entera razón; debes saberlo todo, atreverte a todo. Esta confianza en el inexplorado poder del hombre pertenece al Humanista Americano” (Emerson, 1943: 155).

Así, termina por desterrarse la concepción de Adam Smith de que la nación construida por las Trece Colonias fuera exclusivamente agrícola exportadora. (Gullo 2015).

Al ser asesinado Lincoln cuando concluyó la guerra, fue sucedido por su vicepresidente Johnson, un demócrata sureño, que representaba en la fórmula electoral la sutura del Norte con el

Sur. Sin embargo, el magnicidio del republicano de Kentucky dejó a cargo de Johnson la reconstrucción de la Nación y sobre todo, de los estados sureños. El punto de partida del nuevo ejecutivo, fue considerar que los estados confederados nunca habían abandonado la Unión porque esta es perpetua e indisoluble. Por lo tanto, se trataba de devolverles su estatus legal anterior a la secesión, sin represalias de ningún tipo. Primeramente, y siguiendo el plan de Lincoln, Johnson nombró un gobernador por estado, encargado de convocar una convención constitucional en cada uno de los territorios. Todas las constituciones debían ser revisadas para adaptarlas a la Decimotercera Enmienda. A su vez, todos los estados las tenían que aprobar para ser readmitidos. La mencionada enmienda establecía en su artículo primero que: “Ni en los Estados Unidos ni en ningún lugar sujeto a su jurisdicción habrá esclavitud ni trabajo forzado, excepto como castigo de un delito del que el responsable haya quedado debidamente convicto”.

La reorganización y estabilización política de la Unión comenzaría con el Norte condonando las deudas de los estados rebeldes, así el costo lo asumió el gobierno federal, que restauró los derechos de los ciudadanos blancos del Sur sólo cuando le juraron lealtad. Por su parte, los estados reincorporados a la Unión enviaron sus propios representantes al Congreso en cuanto normalizaron sus procesos políticos. Algunos estados sureños fuertemente conservadores sólo aprobaron el conjunto de medidas conocidas como los Códigos Negros, que establecieron que los negros no podían votar, participar en jurados, testificar contra blancos y acceder a los trabajos en igualdad de condiciones que los blancos. Los Códigos Negros prohibían también los matrimonios interraciales. A los libertos se les reservaba el trabajo doméstico y rural. Se les prohibía comprar tierra, arrendarla o incluso vivir en pueblos y ciudades sin el consentimiento del empleador. Los primeros Códigos Negros

se aprobaron en Misisipi y Carolina del Sur a finales de 1865. A los trabajadores negros que dejaban su empleo se les requirían sus salarios anteriores. A los desempleados se les aplicaba la Ley de Vagabundeo. Como recuerda Aurora Bosch, en todo el Sur rigieron Leyes de Aprendizaje, que obligaron a los menores negros a trabajar sin paga y permitían a los jueces entregar a hacendados a niños huérfanos o pobres.

Esta ambivalencia entre el poder político de Johnson en los estados secesionistas, sólo fue contrarrestado por la permanencia del ejército de la Unión en dichos territorios, sin embargo, este tampoco fue capaz de menguar el poder de ciertos oficiales confederados, que en 1866 crearon el Ku-Kux-Klan, una organización supremacista blanca de oposición a las políticas de la reconstrucción y legitimación de los derechos de los negros. Sin embargo, esto no impidió el predominio de los republicanos, salvo escasos interregnos con Cleveland y Wilson, hasta la crisis del '30, respaldado por los votos negros de los estados del norte, en la dirección de la política norteamericana.

Habiendo suturado la Unión territorial, en 1867, se efectúa la compra del territorio ruso de Alaska, que incorpora más de un millón y medio de kilómetros cuadrados a la Nación industrial, rico en recursos naturales, principalmente mineros e hidrocarbúricos. Estos van a ser explotados, para el caso concreto de la fiebre aurífera a fines del siglo XIX y principios del XX, y para el caso del petróleo en la década del 60's.

Hacia 1870, el “oro negro”, en la región de Michigan y el carbón de los Apalaches, motorizan el take off hacia el desarrollo industrial de los Estados Unidos, colocándolo entre los países centrales, y por ende abandonando a los países subdesarrollados del continente americano. Un ejemplo claro es la industria petrolera, ya que la refinería de Rockefeller controlaba hasta el 95 por ciento de la producción de crudo del mundo, tras la

fusión de 39 compañías para crear la Standard Oil. Había nacido una nueva forma de entender la economía de mercado, basada en el trust, mediante el cual una empresa generaba filiales o se fusionaba con otras para esquivar las leyes antimonopolio, y el holding, que permitía a una sociedad financiera controlar varias empresas. Esto da cuenta del poco control existente, o al menos sin el poder suficiente de un gobierno federal. El modelo tecno-productivo taylorista, es el imperante en el período, el cual va a estar controlado por las grandes firmas, los ya mencionados trust.

El elegido presidente Hayes, trató de apaciguar los ánimos proponiendo el Compromiso de 1877, según el cual acometería la última fase de la reconstrucción, que incluía también la retirada definitiva del Ejército federal, de los funcionarios yanquis y de los carpetbaggers, a quienes se acusaba de haber iniciado las maniobras para revertir el recuento electoral de los estados del Sur. En su discurso inaugural prometió «borrar» para siempre «la línea de color que separaba el Norte del Sur, para que por fin podamos tener no solo un Norte unido frente a un Sur unido, sino un país unido», así como vuelven al poder político los demócratas en los estados sureños, comenzando las prácticas revanchistas segregacionistas sobre dicho territorio.

En este periodo, se desarrolla la teoría geopolítica propuesta por el Almirante Alfred Mahan (1840-1914), quien reclama la prioridad estratégica de lo talásico, sosteniendo que la capacidad de los estados de controlar los océanos, y pasos internacionales, beneficiaba a los países insulares, entre los que incluyó a los Estados Unidos, que deben su centralidad en virtud de su periferia, lo que les permite mejorar los tiempos de conexión entre el mismo y el mundo, lo cual le garantiza al país su prosperidad material. Mahan sostiene el concepto de la “posición central”, íntimamente ligado al de la ubicación geográfica del país, que no se refiere a un posicionamiento continental, sino

insular, al priorizar los océanos en su análisis del poder naval, que no se agota en la marina de guerra, sino que la misma debe servir para proteger la posesión de colonias y la flota mercante del país. Mahan retoma el “Destino Manifiesto”, y lleva la noción de grandeza allende a los océanos, proyectando a norteamérica al mundo. En su visión, ambas costas de los Estados Unidos deben estar interconectadas para el flujo naval rápido, y es el ideólogo del canal de Panamá, así como también sostuvo que Estados Unidos debía tener un control irrestricto sobre el golfo de México y el Caribe. De ahí deviene la política del garrote y las invasiones. Con Mahan se establecen las bases del complejo militar industrial, en la alianza que se establece entre el sector industrial, integrado por los armadores navieros, los exportadores-importadores, la dirigencia política y en menor escala el poder naval. Como Mahan desconfía de la lentitud democrática, y de la toma de decisiones en el sistema, apela a los grupos de presión entre los cuales está el periodismo, para el desarrollo de su doctrina geopolítica, encontrándose entre sus seguidores Roosevelt y el joven Wilson, hasta 1912. Los resultados de la eficacia de esta doctrina se reflejan en cómo la flota naval de Estados Unidos era la sexta del mundo en 1890, la cuarta en 1900, la tercera en 1906 y la segunda en 1907, sólo por detrás de la Royal Navy. De esta forma, el comercio internacional y su monopolio, actúan traccionando financieramente el desarrollo de la industria armamentista naval.

Para Mahan, el poder naval equivale a poder marítimo y al control de las rutas comerciales. La necesidad de esas rutas comerciales está dada por el vigor industrial que alcanzó Estados Unidos después de la guerra civil, impulsado por la inversión extranjera directa, la abundancia de recursos naturales, el crecimiento demográfico y migratorio, entre otros factores. La concentración de la actividad económica en los trust que tienen como finalidad aniquilar la competencia dada por el Laissez

faire, conlleva a que en 1890 se promulga la primera legislación contra los trust y monopolios, la Ley Sherman, que denota la centralidad estatal por sobre la debilidad de las leyes de cada estado, en su intento de fijar límites al capital industrial en la escala nacional (Cárdenas Nannetti, 1998). Es este el momento donde germina el polo de poder americanista.

Un rasgo significativo del período de finales del siglo XIX, es la no proliferación del socialismo en Estados Unidos. Mientras en esta época las ciudades crecían y la producción industrial se disparaba, la progresiva acumulación de capital aumentaba la brecha entre ricos y pobres. Pero la idiosincrasia de la nación, permitía desarrollar un espíritu propio resumido en que todo el mundo podía ser propietario, cada uno tenía un destino a cumplir así como el propio país.

En términos marxistas, la conciencia de clase de los trabajadores estadounidenses no sustituyó a la conciencia y nociones de su libertad, además, los obreros eran primero norteamericanos, luego asalariados. Según expresa Redondo Rodelas (2015) los obreros no han querido transformar el sistema, sino implementar mejoras progresivas (en cuanto a horarios, aumentos salariales y nacionalización de servicios, sobre todo). A ello se dedicó la Federación Americana del Trabajo, creada en 1886 y que pasó de tener de 272.315 afiliados en 1896 a 1,7 millones en 1904.

Como corolario de este clima de época, el presidente Cleveland (1885-1889 y 1893-1897) ² se propuso atraer como aliados en su gobierno a los trabajadores pero no a costa de la quiebra del Tesoro, de subir los impuestos y mucho menos de hacer un país más centralizado. Ante todo era demócrata, y los

² Grover Cleveland hasta hoy el único dos veces presidente en mandatos discontinuos, 1885-1889 y 1893-1897.

demócratas recelaban de un poder federal fuerte. Vetó cientos de leyes sociales porque consideraba que era injusto arruinar a la nación ya que creía que la autoridad federal no debía «extenderse para aliviar sufrimientos individuales [...]. Así como que la ayuda federal [...] fomenta expectativas de un cuidado paternal de parte del gobierno y socava la robustez del carácter nacional». Consideró, por el contrario, que el Estado debía socorrer a los veteranos de guerra y miembros de la Armada, pues su situación o desgracia era consecuencia de su servicio público” (Redondo Rodelas 2015: 267). Sin embargo, su segundo mandato estuvo marcado por la crisis económica que lo llevó a revocar la mencionada Ley Sherman en 1893, además de que se produjeron revueltas allí donde mejor había cuajado el movimiento obrero, sobre todo en Chicago, pero a lo largo del país, entre 1893 y 1898 se convocaron 1.200 huelgas. En estas pésimas condiciones, la clase política decidió tomar medidas, enfocadas a la ampliación de los mercados, y de la colocación de sus manufacturas, como así también la captación de nuevos procesos productivos.

Periodo imperial (1898-1948)

El año 1898, marca el despegue del periodo imperial. Las relaciones comerciales y los tratados internacionales en tiempos de paz, y el dominio marítimo en tiempos de guerra, constituyen los interludios que van a marcar el periodo. Este periodo está marcado por la agenda del intervencionismo en lo que algunos llaman el patio trasero de América. El control del istmo de Panamá y la intervención armada en centroamérica, son parte del entramado expansionista que jalonan este periodo. No se debe pasar por alto, que en el reparto imperial de África de 1884,

Estados Unidos no obtuvo nada, en momentos en el cual ya no se encontraba en la periferia. Se puede considerar que entre los acontecimientos fundantes del periodo, está la guerra por Cuba. A partir de la explosión del acorazado USS Maine en el puerto de La Habana, los Estados Unidos, empieza a tejer la red tentacular sobre las posesiones españolas de ultramar, que se ajustan a la doctrina Mahan. Estas van a continuar con la anexión de Hawaii, la intervención en Haití y República Dominicana, la participación para la creación de la República de Panamá, la anexión de Filipinas, de Guam, etc.

Hawaii y Cuba son en este momento histórico los mayores productores de azúcar, sumado a que los intereses norteamericanos en el archipiélago del Pacífico estaban sólidos, sólo restaba consolidar los intereses en la Antilla Mayor, pero no podía apelar a la Doctrina Monroe, ya que no era un Estado independiente, ni en el discurso del Destino Manifiesto, ya que no era territorio continental limítrofe, aunque siempre se lo consideró como parte de su órbita de influencia política y comercial. La oportunidad histórica estaba llegando, a pesar de la injerencia estadounidense en las varias guerras de independencia cubanas, el fin del siglo XIX encontró a una España abatida por las guerras intestinas carlistas y con el correr que los hechos posteriores, se vislumbra un dejo para con sus posesiones coloniales, al no enviar a sus mejores buques de guerra para la contienda con Estados Unidos.

Es de señalar que el conflicto entre los Estados Unidos y España, por Cuba, con el hundimiento del Maine, fue fogueado por el aliado estratégico de Mahan, Hearst, quien desde su periódico aumentó el interés popular por el conflicto con una campaña mediática «¡Recordad el Maine, al infierno con España! ³», y sobre todo por la entrada inminente de Washington

³ Eslogan de la época, incitando a la guerra con España, y

en un conflicto con Madrid. Así, a los pocos días el departamento de estado envió el ultimátum de retirada de tropas españolas de la isla y al negarse Madrid, comenzaron las acciones bélicas. El conflicto, por Cuba, fue resuelto a fines de 1898 con la firma del Tratado de París, mediante el cual España cedía su soberanía sobre Cuba, Filipinas, Guam y Puerto Rico. Sólo se pactó la independencia de la primera, los demás archipiélagos pasaban a ser dominio ultramarino de Estados Unidos.

La motivación económica en este conflicto nunca estuvo en discusión en la clase política norteamericana, “así lo corroboró en 1899 el historiador, ganador de un Pulitzer y senador republicano Albert J. Beveridge:

«El destino se ha encargado de decidir por nosotros cuál debe ser nuestra política: el comercio del mundo debe ser y será nuestro».

De nuevo aparecía, corregido y aumentado, y esta vez para quedarse: el comercio como garante de la paz y de la hegemonía americana” (Redondo Rodelas, 2015: 283); congeniando así las ideas sobre la paz de Emerson, como así también el librecambismo de Mahan y la expansión de su esfera de influencia.

La enmienda Platt sienta las bases de las posesiones territoriales militares estadounidenses en un país independiente, sin embargo, el caso particular de esta enmienda se centra en cómo afectó a la integridad territorial de la isla hasta 1934, ya que fue parte de la Constitución de la República de Cuba de 1903, en la cual, los tratados de arrendamiento establecen la soberanía de este estado sobre territorios delimitados como bases militares, como la de Guantánamo.

El presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) fue el mejor

culpandola de la explosión del U.S.S. Maine.

discípulo de Mahan. Bajo su gobierno se llevó a cabo el plan del Canal de Panamá, que conecta ambos océanos en el Istmo de Panamá, y la renovación de la flota naval con barcos tecnológicamente más modernos, que se diseñaron para navegación de altamar, con la que se conformó la llamada Gran Flota Blanca, que en viaje de cortesía, circunnavegó el globo, demostrando al mundo el poderío militar alcanzado por los Estados Unidos de América (Selser 1964). Esta armada poderosa eventualmente sería uno de los puntos principales en la formación geopolítica de los Estados Unidos como potencia mundial. Por consiguiente, U.S. Navy abrió el camino a Estados Unidos de América para implementar la segunda fase de una amplia expansión de influencia continental, bajo el Corolario Roosevelt ampliatorio de la Doctrina Monroe.

Sin embargo, el acontecimiento más importante en estos años, es la enmienda propuesta y lograda por Roosevelt, como respuesta al bloqueo naval europeo a Venezuela en 1902-1903, fundamentada en el pretexto de una deuda impaga. La enmienda establece el derecho a la intervención de los Estados Unidos si ve en peligro los derechos de propiedad de ciudadanos o empresas de origen norteamericano. Se llamó la política del Gran Garrote, y representa una modificación de la Doctrina Monroe, en la medida de que los Estados Unidos son los “americanos” y son responsables de mantener la libertad y el orden, bajo la mirada del realismo clásico hobbesiano.

En materia de política interna, Roosevelt trató de virar el Partido Republicano hacia el progresismo, incluyendo la lucha contra los monopolios y la regulación de las empresas. Acuñó la frase “Square Deal” para describir su política nacional, así mismo se comprometió a conseguir que se respete el acta Sherman. También interviene para arbitrar el conflicto entre los mineros en huelga y la patronal, hecho que permite la obtención de una jornada de 8 horas y unos salarios más justos para los

trabajadores, lo que se llamó un «acuerdo equitativo». Roosevelt es fiel exponente de una administración fuerte y centralizada, enfocada a crear nichos federales en los diversos Estados que tienen valor estratégico o simbólico. En dicha perspectiva, el control de los recursos hídricos es una de ellas, que se ve reflejada en 1902, con la National Reclamation Act (o Newlands Act) que dotó al ejecutivo federal de los poderes supremos para la construcción de presas o para los proyectos de irrigación. Al pasar la gestión del agua a control federal, lo que es especialmente relevante en la parte oeste del territorio, un millón de km² fueron los que pasaron a ser gestionados públicamente por el gobierno federal. En línea con la perspectiva de un estado interviniendo y anti monopolístico u oligopolístico, Roosevelt apoyó la ley que otorgó al gobierno federal poderes para controlar las tarifas ferroviarias. Esta ley limitó la competencia entre las diferentes compañías e impidió que se establecieran tarifas preferenciales a los grandes grupos industriales. Sin menospreciar ni menoscabar el papel de los capitanes de la industria en su aporte a la nación, Roosevelt consideraba que la libertad de la que gozaban también había incidido negativamente, a partir de la concentración monopolística y los trusts, que aglutinaban principalmente al sector ferroviario, cárnico vacuno, aceites y tabaco. “El presidente estuvo muy hábil al vincular su política antitrust con la política exterior. El «nuevo nacionalismo» de Roosevelt pasaba por la asunción de un papel protagonista de Estados Unidos en el escenario internacional. Y para ello necesitaba empresas que miraran por el beneficio de la nación y no por el suyo propio.” (Redondo Rodelas 2015: 303) Con Roosevelt se inicia la era progresista, al hacer converger políticas antitrust con la política exterior basada en el comercio, factor en donde radica el motor de la prosperidad norteamericana del período, sumado a un poder presidencial fuerte.

En el plano de las relaciones internacionales, a contracara de lo que ocurre con las naciones americanas, consideradas el patio trasero de los Estados Unidos, donde intervienen activamente en la política interna de esos países, la relación con los países exoamericanos tendrá como matriz una política aislacionista, que en 1918, es abandonada por el presidente Wilson. Como parte de una de las facciones intervinientes (la victoriosa) en la Primera Guerra Mundial, es quien propone el plan de los “14 puntos”, que expresan un reordenamiento de las relaciones internacionales, aunque no fueron tomados en cuenta en los acuerdos de Versalles (Cárdenas Nannetti, 1998).

El pensamiento político liberal vigente en 1919 es el que triunfa en la negociaciones de Versalles, y que guiados por la teoría política de Adam Smith y John Locke planifican la Liga de las Naciones, una organización internacional con un mínimo de poder ejecutor y de funciones en el tablero internacional. Así los ideólogos de una liga garante de la paz y el orden entre naciones por medio de una fuerza militar, como un estado-leviatán que planteaba Hobbes, no triunfaron en las negociaciones y la Liga de las Naciones terminó siendo obsoleta en pocos años. Según Redondo Rodelas, para Lippman, “los Estados Unidos no han entrado en guerra para que el mundo sea libre para todas las democracias, tampoco han entrado en guerra porque deseaban fundar una Liga de Naciones; lo han hecho para preservar la seguridad americana” (Redondo Rodelas, 2015:310). En el trasfondo de la cuestión, está la libertad y la democracia de estilo norteamericana junto a sus intereses estratégicos, de cómo ellos la plantean. Ésta política exterior dual se ejemplifica con las intervenciones militares en Centroamérica, la ocupación militar en República Dominicana en 1916-1924, así como en la de Cuba en 1906-1909 y la de Haití en 1915 a 1934. A estas se le suman la intervención en Nicaragua de 1926 para combatir a Sandino y dar el control del Estado a

Somoza en 1930. Ese año interviene en República Dominicana, apoyando el golpe de estado de Trujillo. Es evidente que, una vez establecida la jerarquía respecto a los vecinos, a través de las asimetrías en cuanto al desarrollo industrial, la libertad de comercio es lo que se impone a través de los cañones, ya postulada por Wilson (Kepner Soothill, 1957). Para 1929, Morgenthau formula los lineamientos del realismo que va a guiar a los Estados Unidos en su política exterior, basándose en el mantenimiento del statu quo, y a partir de su nivelamiento, la incrementación del prestigio y la influencia, que se va a mantener vigente hasta el fin del período.

Retornando a la política interna, la crisis del '30 dispara el predominio de los demócratas en el Congreso de los Estados Unidos, desde ese año hasta 1953. En este momento se extrema esa convergencia discursiva lockeana, con la práctica hobbesiana autoritaria de un Estado centralizado, fuerte, controlador, organizador y promotor para salir de la crisis económica y social provocada por el crack del '29. También es la tapa en donde acontece el corrimiento ideológico de los partidos demócratas y republicanos, identificando a estos últimos en la derecha, y a los demócratas hacia la izquierda, orientaciones políticas previamente inversas.

El “New Deal” propuesto por Roosevelt en 1933, conlleva a la integración social, a partir de la concurrencia del Estado, los empresarios y los obreros, en el régimen de acumulación de capital conocido como “fordismo”, y que se conjuga con el Estado-Plan que comienza a dar frutos a principios de los años 40's. En la escala nacional, se ve reflejada la matriz hobbesiana del Estado, al crearse la Autoridad del Valle de Tennessee en 1933, para controlar y reglamentar el uso del recurso hídrico tanto para riego como para la generación de energía eléctrica, siendo hoy en día la mayor empresa estatal energética de Estado Unidos. En la Ley Nacional de Regulaciones Laborales

firmada por Roosevelt en 1935, se limita el accionar del empresario, en favor de la libertad de asociación y sindicalización de los obreros, así como la no represión ante huelgas, y la negociación colectiva del salario, provocando así una revalorización de las dos organizaciones sindicales nacionales más importantes del país: la Federación Estadounidense del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales. También debe mencionarse el surgimiento del sistema de seguridad laboral. Pero el modelo norteamericano es de un estado internamente suave, que no interfiere fuertemente en el mercado y tampoco en el ámbito institucional y cultural. En el plano internacional, el eje del New Deal es una estrategia que implicaba la política del “buen vecino” no intervencionista en América Latina en términos militares, y el reconocimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se mantenía el aislacionismo respecto a la convulsionada Europa.

En Enero de 1941, con el Discurso de la Cuatro Libertades del presidente Roosevelt, Estados Unidos abandona su política no intervencionista estableciendo un plan de rearme que es compatible con el estado keynesiano y el complejo militar industrial, que pudo así luego exportar su excedente armamentístico, tal como lo implementa en la Ley de Préstamo y Arriendo (Iakovlev, 1965). Al finalizar la contienda en Europa en 1945, Estados Unidos lanza las primeras bombas atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Truman en su discurso expresaba que el motivo de estas acciones era “acortar la agonía de la guerra, para salvar las vidas de miles y miles de jóvenes estadounidenses”.

En el marco de las conferencias y acuerdos entre las potencias vencedoras de la guerra, se firma en 1944 el acuerdo de Bretton Woods, en el cual se estableció el nuevo orden económico y financiero de posguerra. Se crean el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, pero lo relevante es la generalización

del Dólar como nueva divisa de intercambio global, respaldada por la Reserva Federal, quien garantiza la convertibilidad de un dólar, al equivalente en oro de 0.035 gramos del mismo. El sucesor de Roosevelt, con los hechos mencionados, puso fin a la contienda en el Pacífico. En paralelo imponía la intervención militar a Japón hasta 1951, en la persona del General MacArthur, quién será el responsable de las operaciones militares en Corea, hasta la firma del armisticio en 1953.

Periodo imperial de guerra fría (1948-1968)

El inicio de este periodo está marcado por dos discursos que convergen en el plano de las relaciones internacionales, por un lado la política de contención global al comunismo dentro de sus fronteras, formulada por George Kennan, que consideraba que el aislacionismo conduce al estancamiento de los países bajo la órbita del comunismo. La Doctrina Truman es el otro discurso que ordenará las relaciones internacionales que retoma parte de lo propuesto por Kennan, pero se plantea una ayuda económica para reactivar las economías y sociedades europeas, el denominado Plan Marshall, que implicaba una exportación del modelo tecno-productivo y organizacional del fordismo a los “aliados”, confirmando así el rasgo wilsoniano de Truman, en política internacional (Boorstin, 1997).

En la escala nacional, en 1959, los Estados Unidos termina de consolidarse territorialmente, tal y como lo conocemos hoy en día, con la incorporación a la Unión y con categoría de Estados, a los entonces territorios nacionales de Alaska y Hawai, conformando la nación de los cincuenta Estados de la actualidad.

Este proceso tiene lugar en el marco de la disputa de la ratio imperialis con la URSS de la llamada “Guerra Fría”, consecuencia de la división del mundo en los bloques capitalista y socialista, que tiene gran influencia en la Guerra de Corea (1950-1953) y de Vietnam (1964-1975), pero que fundamentalmente generan un estado de alerta mundial permanente por la capacidad del complejo militar industrial de las dos potencias. Para enfrentar la cuestión de Vietnam, Estados Unidos dicta la polémica Resolución del Golfo de Tonkin en 1964, que permitía la entrada a la guerra de Vietnam, sin una autorización del accionar al Congreso, fundamentada en los ataques nunca comprobados a naves estadounidenses. En cuanto al armamento nuclear, la máxima expresión es la crisis de los misiles estadounidenses en Turquía, producto de la política de contención de Kennan, en el marco de la OTAN, y soviéticos en Cuba, en 1962. El año anterior la URSS instaló su cuña en el riñón del Caribe bajo el paraguas estadounidense, lo cual va a desencadenar la política del bloqueo comercial a la isla, concordante con los postulados de Kennan basado en la sofocación del dominio comunista.

Estas circunstancias produjeron una ruptura cultural interna importante, donde los discursos se centran en la confrontación ideológica del capitalismo contra las del comunismo, haciendo eje en el concepto de libertad y democracia, que internamente, decanta en el macartismo. Así lo manifiesta Truman al momento de ser consultado acerca del alcance de la Carta del Atlántico: “El objetivo de la OTAN es detener la expansión soviética en Europa y enviar un mensaje claro a los líderes comunistas de que las democracias del mundo están dispuestas y son capaces de construir nuevas estructuras de seguridad en apoyo a los ideales democráticos” (Morris, 1964; Boorstin, 1997). La guerra fría de las antípodas ideológicas posibilitan la concreción del ideal geoestratégico de Mahan, quien planteó

que entre los Estados Unidos de América y Gran Bretaña debía existir un organismo de cooperación militar. Sin embargo él no podrá contemplar su obra cumplida, ya que muere en 1914, la cual se traduce en la OTAN.

Es durante la guerra de Vietnam que crecen los movimientos reivindicativos de los derechos humanos y las libertades civiles, como así también los movimientos pacifistas. Pero también da lugar al surgimiento de los discursos nacionalistas y patrióticos. Se verifican además las primeras manifestaciones del ambientalismo y la revolución sexual. Esto tiene una versión “negra” en la que convergen posiciones más o menos radicalizadas. En el famoso discurso “I have a dream” en 1963, Martin Luther King líder del movimiento por los derechos civiles de los afrodescendientes, queda claro que también se basa en los valores de igualdad y libertad, con un fuerte componente religioso ...”la gloria de Dios será revelada, y se unirá todo el género humano”...”Continúen trabajando con la convicción de que el sufrimiento que no es merecido, es emancipador”. Además, en 1968 dirá en otro discurso que: “me preguntaban si nuestra nación no estaría empleando dosis masivas de violencia para resolver sus problemas y provocar los cambios que quiere. Sus preguntas me afectaron y supe que ya no podría volver a alzar la voz contra la violencia que sufren los oprimidos en los guetos sin hablar primero con claridad del mayor generador de violencia del mundo hoy en día: mi propio gobierno” (Pozzi, Nigra, 2013).

Posfordismo y reconversión imperial (1968-2001)

El inicio de este período se caracteriza por la reconfiguración en la política internacional llevada a cabo por los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ésta última en una crisis económica y política, en el medio de la fallida experiencia de la Guerra de Afganistán, cerca del final de su existencia (Castells, 1992). Así mismo, Estados Unidos sufre la crisis del petróleo.

El año 1968 marca el inicio visible de la crisis del poder omnímodo imperial de los Estados Unidos de América, que con la retirada vergonzosa de Vietnam, constituye el punto de inflexión al revelar los límites de las acciones militares para coaccionar a la periferia dentro del orden jerárquico mundial (Arrighi, Hopkins y Wallerstein 1999), lo cual da por tierra la teoría Kennan de los puestos de avanzada de contención anti-comunista. Los elementos discursivos de los movimientos de protesta retoman del pasado la lógica lockeana que hemos llamado humanista, basados en las libertades individuales, la igualdad entre los hombres, la autodeterminación de los pueblos, la paz entre las naciones (llegando al grado utópico kantiano), pero en un contexto teórico de retorno al estado de naturaleza como vimos en Whitman. Cuando Johnson sucede al asesinado Kennedy en la Casa Blanca, se aprueban las Leyes que reconocen los Derechos Civiles y Electorales a los afrodescendientes, cerrando así la brecha legal, luego de un siglo después de abolida la esclavitud.

Hacia 1971, Estados Unidos tuvo el mayor déficit comercial del período de posguerra debido a que seguía manteniendo un alto gasto militar para financiar la guerra de Vietnam que implicaba el envío de grandes cantidades de dólares al exterior

desde hacía varios años. Esto llevó a que países europeos como Francia y Gran Bretaña quisieran cambiar sus excedentes de dólares por oro a los Estados Unidos, lo que conlleva a la reducción de las reservas en el fuerte Knox, y obligó al presidente Nixon a implementar una política de shock económico y por lo tanto a impedir la conversiones a oro y devaluó el dólar. Esta medida, devino en la implementación de una política cambiaria fluctuante, ya no se regía por el patrón oro fijo, sino que ahora sería una tasa de cambio directa por lo que las reservas de los países ya no se pueden medir respecto al oro, sino que lo hacen respecto al dólar y el mercado mundial depende mucho más de las decisiones de la Reserva Federal.

En latinoamérica la guerra fría se tradujo en la OEA, en la “Alianza para el Progreso” además de la “Doctrina de Seguridad Nacional”, como continuidad de la política del garrote y el ya mencionado bloqueo comercial a Cuba. En ella tendría un rol importante la formación de militares latinoamericanos en la “Escuela de la Américas”. El aislamiento de Cuba, la influencia de los Estado Unidos en los golpes militares (tal vez el más probado es el caso chileno) y el apoyo a la contrainsurgencia nicaragüense son los hitos fundamentales. El argumento vuelve a ser la necesidad de encauzar a los países desviados del estado de naturaleza, como portadores del faro de la libertad y la democracia. Latinoamérica ya está claramente identificada como el “patio trasero”.

Nixon cierra el periodo después de su segunda elección inconclusa, marcado por el caso Watergate, de las escuchas ilegales a los demócratas. En su presidencia, la política interior estuvo marcada por una orientación centralista, rayano casi en personalista, habiendo reorganizado el sistema de gobierno federal con la finalidad de controlar personalmente a su gabinete, y a su vez, la relación con el Congreso estuvo marcada por la tirantez, el cual estaba dominado por los demócratas, situación

que su sucesor Ford, mantuvo, y por el cual, fue acusado de gobernar mediante el veto. El agravamiento de la política interna norteamericana que ya venía vapuleada desde 1974 con el impeachment a Nixon por el caso Watergate, tiene como corolario el quiebre del consenso político entre el Congreso y la Casa Blanca el cual está signado por el primer cierre de la administración pública federal con el shutdown de 1976, que se ve acompañada con la recesión en los años 1973-1975 provocada por la crisis del petróleo.

En 1976 Carter fue electo presidente, y su mandato estuvo marcado por importantes éxitos en política exterior, como los tratados sobre el Canal de Panamá, los Acuerdos de paz de Camp David (tratado de paz entre Egipto e Israel), el tratado SALT II y el ABM con la URSS, en todos los casos amparado en un discurso de paz y defensa de los derechos humanos, pero en medio de una crisis económica sin precedentes. La Doctrina Carter, hacía hincapié en que los Estados Unidos debían defender la posición geoestratégica del golfo Pérsico del comunismo, política que se continuó después de la caída de la Cortina de Hierro y que se mantuvo con un predominio vigente hasta el gobierno de Obama. Así mismo, en el plano interno, para acompañar la Pax Americana, Carter aumentó el gasto de defensa, lo cual le permitió tejer las relaciones internacionales pacifistas respaldado cínicamente por el poderío militar del país, con el despliegue de los euromisiles Pershing II. Con Carter también se da la toma de la embajada de Teherán, la cual se va a extender más de un año, manteniendo secuestrados a cincuenta y dos ciudadanos estadounidenses, las cuales van a ser las primeras víctimas del terrorismo que anida en Medio Oriente según las palabras del presidente (Boorstin, 1997: 304).

La era Reagan, iniciada en 1981 muestra un nuevo país sustentado en el crecimiento económico en base a una política

autónoma (Narodowski, 2017). La misma muestra un sesgo americanista-autoritario, ligado a intereses económicos tradicionalmente fordistas en base al proteccionismo junto a una agresiva política exterior. Este concepto surge fuertemente en esos años como contraste de las nuevas tendencias aperturistas, pero naturalmente es una continuidad debilitada del modelo imperial de la guerra fría.

Pero al mismo tiempo se toman ciertas decisiones que darán lugar al posterior globalismo, basado en el inicio de la apertura financiera. Concomitantemente, su política basada en la suba de la tasa interés, genera sin contemplaciones las denominadas crisis de las deudas latinoamericanas. Los ejes discursivos giran en torno a la necesidad de vencer a Japón y Alemania en el terreno de la competitividad, a través de la reindustrialización y al mismo tiempo encarar la revolución científico-técnica (Pozzi y Nigra, 2013).

En el plano internacional se ve ese germen del globalismo iniciado con el discurso patriótico procapitalista. En 1986 Reagan rompe oficialmente los tratados que había firmado Carter con la Unión Soviética, que luego será importante en la presión ejercida para que la URSS se abra al mundo, tal como en un discurso brindado en Berlín, en el año 1987, donde se escucha decir a Reagan: “Secretario General Gorbachov, si usted busca paz, si usted busca la prosperidad de la Unión Soviética y Europa oriental, si usted busca la liberalización, venga aquí a esta puerta. Sr. Gorbachov, abra esta puerta. Sr. Gorbachov, derribe este muro”. A partir de la caída del Bloque soviético emerge una nueva época signada por la preeminencia del discurso desafiante del sobreviviente de la guerra fría, donde empieza a imperar un estado de odio y de destrucción, propio del estado en naturaleza del hombre descarriado que infringe la ley de la

razón y de la equidad común (Locke, 1960).

George H. W. Bush representa la continuidad del enfoque de Reagan, que en el plano internacional, frente al muro dirá: “Hasta ahora, el mundo ha sido conocido como un mundo dividido, un mundo de alambres de púas y bloques de acero, conflictos y guerra fría. Ahora, podemos ver un mundo nuevo a la vista. Un mundo en el cual existe la posibilidad muy real de un Nuevo Orden Mundial” frase que remite a un nuevo orden tal como lo planteaba Churchill. Para invadir Irak dirá que

“Como estadounidenses sabemos que hay veces en que debemos dar un paso al frente y aceptar nuestra responsabilidad de dirigir al mundo, lejos del caos oscuro de los dictadores. Somos la única nación en este planeta capaz de aglutinar a las fuerzas de la paz” (Zulet, 2010).

Mientras, profundizará en su discurso, el regreso a los peregrinos: “No creo que los ateos deban ser considerados ciudadanos ni tampoco patriotas, esta es una nación bajo Dios” (Bush, H. W. 1988), que hacen referencia a un pasado glorioso de faro de la humanidad, como en el “Sermón de la Colina”. Bush representa en el electorado a esa expresión veterana del hombre promedio norteamericano que vivió el ciclo bélico de las tres cuartas partes del siglo XX, que encuentra la esencia del ser norteamericano, en la providencia y el retorno continuo, hacia los peregrinos y sus enseñanzas.

Clinton sí representa de lleno el globalismo, en el que se retoma discursivamente la idea de libertad e igualdad aplicada al mundo, con una política exterior dialoguista, con un fervor intervencionista inferior: “Cuando nos organizamos como país y escribimos una Constitución bastante radical con una Carta de Derechos radical, dando una radical cantidad de libertad individual a los estadounidenses, se suponía que los americanos que tenían esa libertad la usarían con responsabilidad...”

(Clinton, 1994). Según Guerisoli (2006) Clinton enfoca su mensaje en la agenda que les interesa al electorado estadounidense, temas articulados en la economía, la educación y el cuidado médico, con un discurso joven y de renovación, contra Bush como el baluarte del segmento poblacional que había participado de las contiendas mundiales, con Vietnam incluido. Como se señala en Narodowski (2017), se abre la economía y se consolida el apoyo de los Estados Unidos a la apertura china.

En cuanto a la política intervencionista, Guerisoli dice que se trata de la doctrina Clinton, entendida la misma como intervenciones humanitarias para garantizar la libertad y los derechos humanos, casos como los de Haití, Somalia y Yugoslavia.

Conclusión

Los casi 245 años de existencia los Estados Unidos de América, da cuenta de los procesos constitutivos y formadores de las ideologías que guiaron el accionar y desempeño de los líderes de la Nación norteamericana. Comenzó con los primeros inmigrantes europeos, que poblaron el territorio con los pueblos nativos, proceso central que constituye hasta la actualidad la festividad por excelencia del Día de Acción de Gracias. Así mismo, las nociones religiosas cristianas en cada variante que llega a las Trece Colonias, deja su huella en los Padres Fundadores, como herederos de los rebeldes colonizadores que se levantaron contra la opresión fiscal y la excesiva injerencia del Parlamento de Londres en tierras tan distantes, debatiéndose entre la predominancia de una autoridad central fuerte o la poderosa libertad de acción de cada estado componente de la

Unión, subyaciendo detrás de ello los debates de los proyectos de país que pretenden los liberales nacionalistas industrialistas, manufactureros, acereros, y carboneros del Norte, en contraposición a los terratenientes liberales ortodoxos esclavistas de las plantaciones de tabaco y algodón al Sur del paralelo 36° 30' Norte. Esto conjugado a las aspiraciones de expansión territorial para alcanzar la bioceanidad de la nación, proyecto concretado en 1850, fue continuamente disputando la centralidad de la autoridad federal, y las reclamaciones de los nuevos estados que se incorporaban a la Unión. A partir de este momento identificamos la preeminencia del emprendedurismo, conjunto con la gran firma, la época del nacimiento de los capitanes de la industria, que atravesados por la noción del self-made man consolidaron con iniciativas ambiciosas personales las grandes firmas, la gran empresa que estableció a Estado Unidos como la gran nación pujante y próspera de fines del siglo XIX, en lo que muchos han dado a denominar el momento de oro de esta nación, a pesar de las restricciones federales impuestas para favorecer al mercado y no dejarlo monopólico a manos de las grandes firmas. Los inicios del siglo XX llevan al poder a los progresismos la concesión de derechos laborales, electorales a las mujeres blancas, a la huelga. Es el momento en que emergen las facciones nacionalistas versus las globalistas, estas últimas consolidadas como salida de la crisis del Estado de Bienestar durante la década de 1970 con la emergencia de un nuevo modelo tecno productivo, el post-fordismo, y que internamente, pujan por la hegemonía en la dirección de la acción estatal, y son las que en el presente trumpeano, dirimen la bitácora de viaje de los Estados Unidos, con final abierto.

